

Agustín Moreno

Al borde del abismo

Hace ya mucho tiempo que el progreso celebra una victoria pÃrrica sobre la naturaleza. DecÃa Simone Weil que [â€œel progreso se transforma, a todos los efectos, en una regresiÃ³nâ€](#). Este verano se ha publicado un manifiesto titulado [â€˜Ãltima llamadaâ€™](#) en el que un grupo importante de cientÃficos, ecologistas y ciudadanos de relevancia social llaman la atenciÃ³n sobre los grandes riesgos medioambientales que tiene el planeta. Como, a pesar de su importancia, ha pasado desapercibido en los medios de comunicaciÃ³n, merece la pena detenerse en el contenido de su angustioso llamamiento a la ciudadanÃa. Y de paso reflexionar sobre la necesidad y la posibilidad de un nuevo horizonte econÃmico, social y cultural.

El manifiesto plantea que si se mantienen las tendencias de crecimiento vigentes (econÃmicas, demogrÃficas, en el uso de recursos, generaciÃ³n de contaminantes e incremento de desigualdades) en el siglo XXI se producirÃ un **colapso civilizatorio**. El progreso, tal y como se venÃa entendiendo estÃ en quiebra por el declive en la disponibilidad de energÃa barata, los escenarios catastrÃficos del cambio climÃtico y las tensiones geopolÃticas por los recursos. Se llega a afirmar que **la vÃa del crecimiento es ya un genocidio a cÃmara lenta**.

Rechaza las consideradas hasta ahora soluciones: **no bastan los mantras cosmÃticos del desarrollo sostenible**, ni la mera apuesta por tecnologÃas ecoeficientes, ni una supuesta *â€œeconomÃa verdeâ€* que encubre la mercantilizaciÃ³n generalizada de bienes naturales y servicios ecosistÃmicos. Y rechaza, por supuesto, las recetas del capitalismo por considerar que un nuevo ciclo de expansiÃ³n es inviable y nos colocarÃa en el umbral de los lÃmites del planeta: *La sociedad productivista y consumista no puede ser sustentada por el planeta*.

Defiende la necesidad de construir una **nueva civilizaciÃ³n** que asegure una vida digna a mÃs de 7.200 millones de personas que habitan un mundo de recursos menguantes. Y solo se puede conseguir con cambios radicales en los modos de vida, las formas de producciÃ³n y sobre todo en los valores. El objetivo es recuperar el equilibrio con la biosfera, y utilizar la investigaciÃ³n, la tecnologÃa, la cultura, la economÃa y la polÃtica para avanzar hacia ese fin.

Pero apunta que lo que llama la *Gran TransformaciÃ³n* se topa con dos obstÃculos titÃnicos: **la inercia del modo de vida capitalista** y los intereses de los grupos privilegiados. Defiende una ruptura polÃtica profunda con la hegemonÃa vigente para evitar el caos y la barbarie. Y sitÃa un nuevo principio rector de la economÃa que tenga como fin la satisfacciÃ³n de necesidades sociales dentro de los lÃmites que impone la biosfera, y no el incremento del beneficio privado. Un *modelo que asuma la realidad, haga las paces con la naturaleza y posibilite la vida buena dentro de los lÃmites ecolÃgicos de la Tierra*. No hacer nada, o no hacer lo suficiente, nos llevarÃa al colapso social, econÃmico y ecolÃgico. Estiman que queda un lustro para un debate amplio y transversal en el que hay que ganar a grandes mayorÃas para un cambio de modelo econÃmico, energÃtico, social y cultural.

No es un alarmismo infundado. La OrganizaciÃ³n MeteorolÃgica Mundial afirma que la acumulaciÃ³n de gases de efecto invernadero marca otro mÃximo histÃrico, que [registra el mayor incremento anual en 30 aÃos de CO2](#). Por ello, la propia OrganizaciÃ³n de Naciones

Unidas (ONU) prepara un nuevo y detallado informe sobre el [cambio climático](#) y no hay buenas noticias. *The New York Times* ha tenido acceso a un borrador del mismo, y [la ONU es más tajante que nunca](#): si los países no hacen nada para impedirlo, las consecuencias del cambio climático para el planeta serán *«severas, continuas e irreversibles»*.

La incógnita es saber qué alternativas ecológicas y energéticas pueden implementarse que sean a la vez rigurosas y viables. Para ello es muy recomendable el libro colectivo [¿Qué hacemos frente a la crisis ecológica?](#) que desgrana una amplia serie de propuestas. Defiende la sostenibilidad en su dimensión ecológica, social y económica: la reproducción y producción de las sociedades humanas en su contexto biosférico. Y propone más de una decena de principios de una práctica sostenible a tres escalas: micro (personal o comunitaria), meso (provincial y estatal) y macro (internacional). Son principios como el de suficiencia en el uso de recursos disponibles, cerrar el ciclo de materiales (residuos), evitar los contaminantes, el criterio de cercanía, energía justa y solar, potenciar la diversidad e interconexión biológica, aprender del pasado y del contexto, tener una velocidad de vida acoplada a los ciclos naturales, la interdependencia y la actuación desde lo colectivo, considerar el entorno de incertidumbre en que vivimos, y la capacidad de metamorfosis.

Pero una economía sostenible no es compatible con el sistema capitalista que explota al hombre por el hombre y a la naturaleza entera. Hablar de economía ecológica supone cambiar el concepto de riqueza y de calidad de vida que se refleja en cuestiones como la esperanza de vida, la educación o la percepción de felicidad. Y ello no tiene correlación con el consumo. De ahí que **aprender a vivir con menos materiales y energía** es una obligación por los límites físicos del planeta. La clave está en si se hace desde un reparto más justo y equitativo de la riqueza.

Otro sistema es necesario y urgente antes de que el viejo mundo nos asfixie y arruine el planeta. De lo contrario, entraremos en una situación de desigualdad y de catástrofe como la que describe **Antonio Turiel** en su relato [Distopía III. La tempestad](#) y que la presenta como de ciencia ficción para que no entremos en pánico. Desgraciadamente, nos asustaremos como niños pequeños. Algo que no estamos tan lejos de ser por un comportamiento irresponsable que nos lleva a quemar el mundo para que funcione la locomotora del crecimiento al grito de *¡más madera!*

Â

[Fuente: [Cuartopoder](#)]